

de meditación y pasear la mente por los espacios imaginarios, regresaba á fin de almorzar, sin que algunas veces hubiese visto ni á señor, ni á lacayo, ni un hombre, ni una librea.

Si el calor empezaba á penetrar bajo las frondosas arboledas, para eso tenía Andrea su cuartito tan fresco con el aire que entraba por la ventana y la puerta del corredor. Un sofá forrado de indiana, cuatro sillas iguales al sofá, su casto lecho de cielo redondo, de donde caían unas cortinas de la misma tela que los muebles referidos, dos vasos de china puestos sobre la chimenea, y una mesa cuadrada con pies de cobre, esto era de lo que se componía aquel universo de microscópicas proporciones, y á cuyos confines limitaba Andrea todas sus esperanzas, todos sus deseos.

Hemos dicho que la joven estaba sentada en su habitación y se ocupaba en escribir á su padre, cuando le llamó la atención un golpecito dado discretamente en la puerta del pasadizo.

Al ver que la puerta se abría, levantó la cabeza y lanzó un grito de asombro cuando apareció el rostro de Nicole radiante de alegría.

XX

De cómo lo que en unos es causa de alegría en otros lo es de desesperación

— Buenos días, señorita; soy yo; dijo Nicole haciendo una alegre reverencia, que, sin embargo, no estaba exenta de inquietud, conociendo como conocía la joven el carácter de su ama.

— ¿ Vos ? ¿ Y á qué casualidad se debe vuestra venida ? replicó Andrea soltando la pluma para seguir mejor la conversación que de aquel modo se entablaba.

— Como la señora me olvidaba, me he venido.....

— Si os olvidaba era porque tenía razones para ello.

¿ Quién os ha dado permiso para venir ?

— Me lo ha dado el señor barón, señorita, respondió Nicole arrugando con aire de bastante desagrado las dos hermosas cejas negras que debía á la generosidad del señor Rafté.

— Mi padre os necesita en París, y yo aquí para nada os necesito... Por consiguiente podéis volveros, hija mía.

— ¡ Oh ! exclamó Nicole, veo que la señorita no tiene ya apego á la gente... Yo creía que os había agradado más... ¡ Amen ustedes á las personas, para que os lo paguen de ese modo ! añadió filosóficamente.

Y sus hermosos ojos hicieron todos sus esfuerzos para atraer una lágrima á los párpados.

Aquella reconvección encerraba demasiado afecto y sensibilidad para que no excitase la compasión de Andrea, la cual le dijo :

— Hija mía, aquí tengo quien me sirva, y no puedo permitir que se recargue la casa de la señora Delfina con una boca más.

— ¡ Bueno ! ; como si esta boca fuese muy grande ! replicó Nicole con encantadora sonrisa.

— No importa, Nicole, no puedes permanecer aquí.

— ¿ Por mi semejanza ? dijo Nicole. ¿ Conque no habéis reparado en mi cara, señorita ?

— En efecto, me pareces cambiada.

— Ya lo creo que lo estoy : figuraos que ayer se presentó en casa un hermoso señor, el que ha alcanzado un grado para el señorito Felipe, y viendo que el señor barón estaba triste porque no teníais una doncella, le ha dicho que no había cosa más fácil que convertirme de blanca en negra. En esto, me llevó consigo, y ha hecho peinarme y arreglarme como me veis.

Andrea se sonrió y dijo :

— ¿ Conque me amas tanto que quieres á todo trance encerrarte en Trianón, en donde estoy como prisionera ?

Nicole echó en torno suyo una mirada rápida, pero inteligente, y respondió :

— La habitación no es muy alegre que digamos ; pero supongo que no estaréis siempre encerrada en ella.

— ¿ Yo ? sin duda que no estoy siempre encerrada ; ¿ pero tú ?

— Yo ¿ qué ?

— Tú, que no irás al salón, al lado de la Delfina ; que no irás á juegos, ni á paseos, ni á tertulias ; tú, que tendrás que estar siempre aquí, te expones á morir de fastidio.

— ¡ Oh ! dijo Nicole, no faltará alguna ventanita por donde pueda verse un rincón de ese mundo, aunque sólo sea por las rendijas de una puerta. El que ve está expuesto á que le vean, esto es cuanto yo no necesito ; no os inquietéis, pues, por mí.

— Te repito que no, Nicole ; yo no puedo recibirme sin una orden expresa.

— ¿ De quién ?

— De mi padre.

— ¿ Es esa vuestra última resolución ?

— Sí, mi última resolución.

Nicole sacó de su gorguera la carta del barón de Taverney, y dijo :

— Puesto que ni mis ruegos ni mi cariño os mueven, veamos si tiene poder sobre vos la recomendación que traigo.

Andrea leyó la carta, que estaba concebida en los siguientes términos :

« Sé, y ya se ha notado, querida Andrea, que no tienes en Trianón el lujo que tu rango exige imperiosamente : te convendría pues tener dos doncellas y un lacayo, como á mí me convendría poseer veinte mil libras de renta ; pero, lo mismo que yo me contento con mil libras, conténtate tú con Nicole, pues vale por todas cuantas criadas sean menester.

» Nicole es ágil, inteligente y cariñosa, y pronto adoptará el tono y los modales de estilo, debiendo tú tener cuidado, no de estimular, sino de encadenar su buena voluntad : consévala pues, y no creas que hago un sacrificio. Si lo crees, acuérdate de que S. M., que ha tenido la bondad de pensar en nosotros, al verte ha reparado (esto me lo ha dicho en confianza un buen amigo) que te falta el fausto debido. Tenlo presente, porque es muy importante.

» Tu padre que te quiere. »

Grande fué la ansiedad que esta carta causó á Andrea, al ver que hasta en su nueva prosperidad iba á perseguirla una pobreza que sólo ella creía no era una falta, cuando todos se la echaban en cara como una mancha.

Así es que estuvo para romper la pluma con furia y desgarrar la carta empezada, para contestar al barón con un magnífico trozo lleno de un desinterés filosófico, que Felipe hubiera firmado, no con una mano sino con las dos.

Pero le pareció que el barón se sonreiría irónicamente cuando leyese aquel trozo, y al punto se desvaneció su resolución, contentándose únicamente con responder al alegato del barón con un párrafo anejo á las noticias que le daba de Trianón.

« Padre mío, añadía, en este mismo momento acaba de llegar Nicole, y la he recibido conforme á vuestro deseo; pero lo que me escribís acerca de ella me ha desesperado. ¿Habré de ser menos ridícula teniendo por doncella una chica salida de una aldea, que estando sola en medio de los opulentos de la corte? Nicole sentirá ver mi humillación, y no me lo perdonará, porque los criados son orgullosos ó humildes de por sí, según el lujo ó la sencillez de sus amos. En cuanto á la observación de S. M., padre mío, permitidme que os diga que el rey tiene tanto talento que no puede mirarme mal porque no me es dado echármela de señorona, y que además S. M. tiene muy buenos sentimientos para que haya ido á notar y criticar mi miseria, en vez de convertirla en un estado de prosperidad que vuestro nombre y servicios legitimarían á los ojos de todo el mundo. »

Esta es la contestación que dió la joven, y preciso es

confesar que aquella cándida inocencia, y aquel noble orgullo tenían harta razón contra la astucia y corrupción de los que iban á tentarla.

Andrea no habló una palabra de Nicole; lo que hizo fué conservarla á su lado, de suerte que entusiasmada y alegre ésta, bien sabía porqué, dispuso al momento una camilla en el gabinete de la derecha que daba á la antecámara, y trató de achicarse haciéndose aérea por decirlo así, para no estorbar en nada á su ama con su presencia en aquel reducido albergue; pudiendo afirmarse que sin querer trataba de imitar á la hoja de rosa que los sabios de Persia dejaron caer en el vaso lleno de agua, para demostrar que aun podía añadirse alguna cosa sin que se vertiera nada de lo que el vaso contenía.

Andrea salió para Trianón á eso de la una, adornada mejor y más pronto que nunca, porque Nicole se excedió á sí misma, sirviéndola con gusto, gracia é intención.

Así que se marchó la señorita de Taverney, y Nicole se vió dueña de la plaza, le pasó revista examinándolo todo, desde las cartas hasta los últimos pelendengues del tocador; desde la chimenea hasta los rincones más ocultos del gabinete.

Y en seguida se puso á mirar por la ventana para tomar el aire de la vecindad.

Por debajo vió un gran patio, donde estaban los palafreneros limpiando y envolviendo cuidadosamente en mantillas los caballos de la Delfina.

— ¡Palafreneros! dijo Nicole; ¡quita allá!

Y volvió la cabeza.

— Á la derecha había una fila de ventanas al nivel de la de Andrea, y viendo Nicole que estaban asomadas á ellas algunas criadas y limpia-suelos pasó con desdén á otro examen.

Al frente unos maestros de música hacían repetir en una gran sala á varios coristas é instrumentistas trozos de una misa que debía cantarse el día de San Luis.

Nicole se divirtió mientras sacudía el polvo en cantarrear allá á su manera, de tal suerte que los maestros se distraían y los coristas daban notas en falso impunemente.

Pero como aquel pasatiempo no podía satisfacer las ambiciones de la señorita Nicole, así que vió enzarzados á nuestros maestros y discípulos sobre si lo hacían bien ó mal, pasó revista á la parte alta del edificio.

Todas las ventanas estaban cerradas, además de que eran unas buhardillas, de suerte que Nicole volvió á emprender su tarea de sacudir el polvo; pero un momento después se abrió una de aquellas buhardillas sin saberse por qué mecanismo, pues nadie se veía allí.

Alguien, sin embargo, había abierto aquella ventana, y ese alguien había visto á Nicole, no deteniéndose á mirarla, lo cual le pareció una cosa impertinente.

Y como Nicole todo lo estudiaba, no podía dejar de querer estudiar el rostro de su impertinente, de manera que apenas daba una vuelta por el aposento de Andrea volvía á asomarse á la ventana, y dirigía la vista hacia la buhardilla, es decir, hacia el que ó la que le faltaba al respeto privándola de su mirada por no tener ojos. Una vez se figuró que había huído una persona al acercarse ella; pero como no era creíble, no lo creyó.

Otra vez casi se afirmó en ello, porque vió por la espalda al fugitivo, sorprendido con una vuelta más pronta que lo que esperaba.

Entonces se valió Nicole de una astucia; ocultóse detrás de la cortina dejando la ventana abierta á fin de no dar que sospechar.

Mucho tiempo tuvo que aguardar, pero al fin apareció una cabellera negra, luego unas manos tímidas que sostenían en forma de arco un cuerpo inclinado con precaución, y por último se descubrió perfectamente una figura de un hombre, cuyo aspecto causó tal asombro á Nicole que desgarró toda la cortina por no caer en el suelo.

Aquella figura era la del señor Gilberto, quien miraba allí desde su elevada buhardilla.

Al ver temblar la cortina Gilberto comprendió la astucia y no volvió á aparecer.

Más hizo: cerró la ventana.

No cabía duda que Gilberto había visto á Nicole: se había quedado atónito, había querido convencerse de la presencia de aquella enemiga, y viéndose descubierto él mismo, había huído lleno de turbación y de cólera.

He ahí cómo interpretó Nicole aquella escena, y no le faltaba razón, pues así era cómo debía interpretarla.

En efecto, Gilberto hubiera preferido ver al diablo á ver á Nicole, pues se forjó mil terrores de la llegada de aquella vigilante. Abrigaba contra ella una vieja levadura de celos, y ella sabía el secreto del jardín de la calle Coq-Herón.

Gilberto se retiró no sólo turbado sino colérico y mordiéndose los labios de rabia.

— ¿Que me importa ahora, se decía para sí, mi tonto descubrimiento de que estaba tan ufano?... ¡ Aunque Nicole haya tenido en París un amante, el mal está hecho, y no la han de despedir por eso; mientras que ella puede hacer que me despidan de

Trianón diciendo lo que he hecho en la calle Coq-Herón !... No soy yo quien tiene á Nicole cogida, sino Nicole quien me tiene cogido á mí... ¡ Maldita suerte!

Y sirviendo de aguijón á su odio todo el amor propio de Gilberto, hizo hervir su sangre con violencia.

Le pareció que con su entrada en aquel aposento, acababa Nicole se desvanecerle con una diabólica sonrisa todos los sueños dorados que Gilberto enviaba allí diariamente desde su buhardilla con sus votos, con su ardiente amor y con sus flores. ¡Tenía Gilberto demasiado en que pensar para no haberse ocupado hasta entonces de Nicole, ó bien había alejado de sí ese pensamiento á causa del terror que le inspiraba? Cuestión es esta que no podemos resolver, pero lo que sí podemos afirmar es que la vista de Nicole fué para él una sorpresa esencialmente desagradable.

Conocía demasiado que tarde ó temprano debía declararse la guerra entre él y Nicole; pero como Gilberto era un hombre prudente y político, no quería que principiase aquella guerra antes de hallarse en estado de poder hacerla enérgica y de buena ley.

Por consiguiente resolvió hacerse el muerto hasta que la casualidad le presentase una ocasión favorable de resucitar, ó hasta que Nicole, por debilidad y necesidad, aventurase algún paso que le hiciese perder sus ventajas.

Al efecto, con la vista y el oído siempre fijos en Andrea, pero siempre vigilante, continuó al corriente de los negocios interiores del primer cuarto del pasadizo, sin que Nicole hubiese podido encontrarlo ni una sola vez en los jardines.

Por su desgracia, Nicole no era infachable, y aun cuando lo hubiera sido en cuanto al presente, había en su vida pasada alguna piedra de escándalo sobre la que se la podía hacer vacilar.

Esto fué lo que sucedió al cabo de ocho días. Gilberto, en acecho tarde y noche, acabó por descubrir á través de las rejás un plumero que no le era desconocido, y que causaba á Nicole distracciones incesantes, porque era el del señor Beausire, el cual, siguiendo á la corte, había emigrado de París á Trianón.

Largo tiempo se hizo Nicole la cruel, largo tiempo dejó á Beausire tiritando de frío ó tostándose al sol, y esa virtud desesperaba á Gilberto; pero una hermosa tarde, habiendo el señor Beausire traspasado sin duda los aledaños de la elocuencia mímica y hallado la persuasión, se aprovechó Nicole del momento en que Andrea comía en el pabellón con madama de Noailles, para bajar al patio de las caballerizas y reunirse al señor Beausire, que estaba ayudando á su amigo el vigilante de las caballerizas á enseñar un potro de Irlanda.

Del patio pasaron al jardín, y de éste á la sombría alameda que conduce á Versailles.

Gilberto siguió á la enamorada pareja con el feroz gozo de un tigre que ha oído la pista. Contó sus pasos, sus suspiros, aprendió de memoria las palabras que les oyó, y preciso es creer que quedó muy satisfecho del resultado, porque al día siguiente, libre ya de todo embarazo, se asomó canturreando y resuelto al ventanillo de su buhardilla sin temer ya el ser visto de Nicole, antes por el contrario, desafiando su mirada.

Nicole estaba zurciendo un mitón de seda bordado de su ama, y al oír la canción levantó la cabeza y vió á Gilberto.

Su primera manifestación fué cierta mueca desdeñosa que tenía algo de acritud y olía á hostilidad desde una legua. Pero Gilberto sostuvo aquella mirada y aquella mueca con una sonrisa singular, y su aire y el

modo de cantar eran tan provocativos que Nicole bajó la cabeza y se ruborizó.

— Ha comprendido, dijo para sí Gilberto, es todo lo que yo quería.

Después comenzó de nuevo la misma maniobra, y Nicole entonces se puso á temblar, hasta tal punto que deseaba una entrevista con Gilberto para aliviar el corazón de aquel peso que le habían lanzado las irónicas miradas del joven jardinero.

Gilberto notó que deseaba hablarle, pues no podía equivocarse acerca del significado de las tosecitas secas que resonaban cerca de la ventana, cuando Nicole sabía que él estaba en su buhardilla, ni de las idas y venidas de la joven al pasadizo cuando podía suponer que él iba á bajar ó subir.

Se tuvo un momento por feliz de aquel triunfo que él atribuía completamente á la fuerza de su carácter y á su discreta conducta. Nicole lo acechaba tan bien, que lo vió subir una vez la escalera; lo llamó y no respondió.

La joven llevó más lejos su curiosidad ó su temor; una noche se sacó sus lindos chapines de talón, herencia de Andrea, y se aventuró temblando y rápidamente á subir al desván, en cuyo fondo se veía la puerta de Gilberto.

Era aun bastante de día para que éste último, prevenido de la aproximación de la joven, pudiese ver distintamente á Nicole á través de las rendijas de las tablas.

Nicole fué á llamar á la puerta bien persuadida de que Gilberto estaba en su cuarto. Este último no respondió, á pesar de que era para él una tentación, pues podía humillar á sus anchuras á la que de aquel modo iba á solicitar su perdón. Estaba solo, ardiente y estremeeciéndose todas las noches al recuerdo de Tavernay,

con el ojo pegado á la puerta, devorando la hermosura fascinadora de aquella joven voluptuosa, y excitado por la sensación preliminar de su amor propio, levantaba ya la mano para descorrer el cerrojo que con su prudencia y circunspección habitual había corrido para que no le sorprendieran.

— No, dijo para sí, no viene más que por cálculo; viene á solicitarme por temor y por interés, y por consiguiente siempre ganaría alguna cosa, mientras que, ¿quién sabe lo que yo puedo perder?

Y racionando de este modo apartó la mano del cerrojo. Nicole, después de haber llamado dos ó tres veces, se alejó frunciendo las cejas.

Por consiguiente Gilberto conservó todas sus ventajas, y Nicole desde entonces redobló su astucia para no perder enteramente las suyas. En fin, tantos proyectos y contraminas se redujeron á estas palabras que las dos partes beligerantes se cambiaron una tarde á la puerta de la capilla, donde la casualidad había hecho que se encontraran:

— ¡Calla! Buenas tardes, señor Gilberto. ¿Conque también está usted por aquí?

— Felices, señorita Nicole. ¿Conque tenemos á usted en Trianón?

— Ya lo ve usted, estoy de doncella de la señorita.

— Y yo de ayudante de jardinero.

Y con esto Nicole hizo una reverencia á Gilberto, que la saludó como hombre de corte, y se separaron.

Gilberto subía á su cuarto, y fingió que continuaba su camino.

Nicole salió del de Andrea y prosiguió el suyo, sólo que Gilberto volvió á bajar á paso de lobo y siguió á Nicole persuadido de que iba en busca de Beausire.

En efecto, bajo los árboles de la alameda había un hombre aguardando: Nicole se acercó á él; pero hacia

ya bastante noche para que Gilberto pudiese reconocer á Beausire, y la ausencia del plumero excitó su curiosidad hasta tal punto que dejó á Nicole volver á su cuarto, y siguió al hombre de la cita hasta la verja de Trianón.

No era el señor Beausire, sino un hombre de cierta edad ó más bien de edad avanzada, de unas trazas de gran señor y andar vivaracho á pesar de sus años. Acercándose Gilberto, que pasó con impudente audacia casi rozando las narices de aquel personaje, reconoció al señor de Richelieu.

— ¡ Fuego ! exclamó. ¡ Después del exento el mariscal de Francia ! la señorita Nicole asciende en sus grados.

XXI

Los parlamentos

Mientras que todas estas intrigas subalternas, urdidas y realizadas bajo los tilos entre las flores de Trianón, componían una existencia bastante animada á los reptiles de aquel pequeño mundo, las intrigas de la ciudad, borrascas amenazadoras, abrían sus vastas alas por encima de Themis, como lo escribía mitológicamente Juan Dubarry á su hermana.

Los parlamentos, resto degenerado de la antigua oposición francesa, habían vuelto á tomar aliento bajo la caprichosa mano de Luis XV; pero después, su protector el señor de Choiseul había caído en desgracia, y sentían que se acercaba á ellos el peligro y trataban de conjurarlo con medidas tan enérgicas como lo permitían las circunstancias.

Toda grande conmoción general suele principiar por una cuestión personal, así como las grandes batallas de cuerpos armados principian por encuentros de tiradores aislados.

Desde que el señor de La Chalotais, batiéndose cuerpo á cuerpo con el señor de Aiguillon, había personificado la lucha del estado llano contra los señores feudales, el espíritu público estaba fijo en esta lucha y no permitía que se sacase la cuestión á otro terreno.

El rey, á quien el parlamento de Bretaña y la Francia entera habían dirigido un diluvio de representa-